

## VIGÉSIMO QUINTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

La comparación suele iniciar a temprana edad en las familias disfuncionales. Nos damos cuenta de quién recibe elogios y quién es culpado, y empezamos a aprender lo que parece que hace valiosa a una persona. Puede ser que aprendamos, mucho antes de entender que lo hacemos, a medirnos con hermanos u otras personas en casa. Esos hábitos pueden seguirnos hasta la edad adulta, cuando el valor sigue percibiéndose como relacionado con el rendimiento y con la manera en que parece que estamos a la altura.

A través de la parábola de los trabajadores de la viña (Mateo 20:1–16), el Evangelio del domingo brinda una manera diferente de vernos a nosotros mismos. Un propietario invita a la gente a trabajar en su viña en diferentes horas del día. Algunos llegan temprano y otros mucho más tarde. Al final, cada uno recibe el mismo salario. Los primeros trabajadores se molestan, no porque el propietario no cumpliera su promesa, sino porque comparan su obsequio con lo que otra persona recibió.

El propietario pregunta: “¿Vas a tenerme rencor porque yo soy bueno?” (Mateo 20:15). Para los hijos adultos, la comparación puede tener algo más que sólo envidia. Puede despertar la vieja creencia de que sólo hay una determinada cantidad de amor, aprobación o atención para todos. El éxito de otra persona puede parecer una prueba de nuestra insuficiencia. Las necesidades de otra persona pueden parecer una amenaza para nuestro propio espacio.

La primera lectura contradice esa escasez: “Mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, sus caminos no son mis caminos, dice el Señor.” (Isaías 55:8). Dios no distribuye la dignidad según las normas familiares que aprendimos. Su amor no es un premio que se dé al que mejor actúe. No nos convertimos en más dignos porque actuamos bien o por ser más fáciles para amar.

La recuperación nos invita a notar cuándo seguimos viviendo por un antiguo tablero de resultados. Puede ser que comparemos nuestra sanación con la de otra persona y concluyamos que deberíamos haber avanzado más. Puede ser que sintamos culpa porque poner un límite aún nos asusta o porque ciertas interacciones familiares aún nos afectan. Pero la sanación no es una competencia. El progreso de otra persona no exhibe nuestro fracaso.

Los trabajadores que llegan más tarde en el día también ofrecen otra forma de esperanza. Algunos de nosotros no reconocemos los efectos de la disfunción familiar, sino hasta avanzados en la edad adulta. Podemos lamentar los años que vivimos teniendo roles que no elegimos. El Evangelio no nos dice que llegamos demasiado tarde. El propietario sigue saliendo e invitando a la gente a vivir de una forma diferente.

Aceptar esa invitación sigue exigiendo algo más de nosotros. Practicamos decir la verdad en lugar de actuar. Permitimos que otra persona sienta decepción sin abandonarnos inmediatamente. Aprendemos que recibir ayuda no nos hace débiles. Estos cambios pueden resultar extraños porque desafían las reglas que antes nos ayudaban a pertenecer. Al principio, las decisiones más sanas pueden incluso parecer egoístas o equivocadas. La recuperación nos ayuda a aceptar esa incomodidad lo suficiente para descubrir que el amor no requiere que nos ausentemos.

En la segunda lectura, San Pablo escribe: “Porque para mí, la vida es Cristo” (Filipenses 1:21). Esto nos da un nuevo enfoque. Nuestro valor ya no tiene que aumentar y disminuir a partir de la comparación. Cristo se convierte en Aquel que nos dice quiénes somos, y Su generosidad hacia otra persona no disminuye Su amor por nosotros.

Hay suficiente gracia en la viña de Dios. No tenemos que competir por nuestro lugar, ni demostrar que merecemos estar allí. La

recuperación nos permite recibir lo que Dios nos da ahora y celebrar lo bueno en la vida de otra persona, sin convertirlo en un juicio propio. El tablero de posiciones viejo puede dejarse de lado. Estamos invitados a vivir como hijos e hijas amados, no como competidores por el amor.

## PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué aspectos aprendiste a comparar tu valor con la atención, la aprobación o el éxito de los demás?
- ¿En qué área de tu vida sigues sintiendo presión por demostrar que mereces amor o pertenencia?
- ¿Qué podría cambiar si confiaras en que los dones o el progreso de otra persona no disminuyen lo que Dios te está dando?

## LECTURAS DOMINICALES

**PRIMERA LECTURA** Isaías 55:6–9

**SAL. RESP.** Salmo 145:2–3, 8–9, 17–18

**SEGUNDA LECTURA** Filipenses 1:20c–24, 27a

**EVANGELIO** Mateo 20:1–16a